

Seudónimo: Covadonga

ETAPA REINA

Vi por primera vez los Lagos de Covadonga en una retransmisión de la Vuelta ciclista y pensé que no habría en el mundo un lugar más hermoso que aquel paisaje verde y glacial detrás de un Santuario, tanto fue así que, cuando, años más tarde visité Asturias con la neblina que muchas veces cubre la carretera de los lagos, añoré los colores saturados de mi Vanguard, que me dejaron un recuerdo mucho más luminoso de aquella postal.

En las rutinas trastornadas del verano almorzábamos tarde, y los últimos kms de las etapas, tenían regusto a melón de Umbrete, "Carameeeeeeelooooos!!" que pregonaban en el mercado de San Juan de Aznalfarache. Afortunadamente, la tan denostada transferencia de competencias a la Junta de Andalucía nos trajo el aumento de sueldo necesario para que pudiéramos comprar el aire acondicionado y nos encantaba ver el ciclismo desparramados por el terrazo fresquito de aquel minúsculo salón, por donde pedaleaba una esfrozada serpentina de colores entre riachuelos y pueblecitos de cuento.

Así, la duermevela de la siesta tenía de fondo un run-run con el que costaba la propia vida mantenerse despierto. Aquella locución sin altibajos salpicada del glamour de algunas palabras francesas solo se interrumpía con una caída a tumba abierta o un sprint final. Entonces El locutor levantaba emocionado la voz y despertaba a mi padre, justo a tiempo para disfrutar del uniformado encanto de las azafatas en un podium coronado por un

ciclista de rasgos indígenas y maillot flamenco , al que las bellezas publicitarias sacaban, como mínimo, una cabeza.

Aquellas retransmisiones nos abrieron un mundo de nuevos paisajes y formas de vida de una Europa ociosa y avanzada; contemplábamos alucinados a las familias rubias con sus caravanas en los márgenes de las carreteras, rodeados de una preciosa naturaleza que aliviaba la calima sevillana con mil verdes desconocidos para nosotros, hijos de obreros en el Sur del Sur

Pero, sobre todo, el ciclismo sembraron en mí la íntima fascinación por la arquitectura. A vista de pájaro, los trazados de las villas medievales francesas parecían sacadas de un Cantar de gesta, y las bicicletas dibujaban veloces un monasterio , un castillo templario, o una pequeña ermita. Esperaba ilusionada la subida al Naranco, admirando la discreta presencia rotunda y espiritual de Santa María, sin importarme lo más mínimo la cabeza de carrera que luchaba por coronar la montaña asturiana al borde de la extenuación.

” Hoy, comemos tempranito, que es el Tourmalet!, anunciaba entusiasmado mi padre, como si la familia tuviera que subir aquel puerto a 40 grados y hartos de gazpacho...

En fin, el verano se iba rodando y, entrado Septiembre, nos despedíamos de nuestros héroes de papel de plata, de los que, no volvíamos a saber nada el resto del año, como si , en un ligero descenso, sin apenas pedalear, se perdieran en la quietud de algún valle pirenaico , cogiendo fuerzas para volver a romperse las piernas en los sueños de mi padre, el verano siguiente.